

Guión presentado por el doctor HERNAN VERGARA DELGADO  
en el curso de un DIALOGO ENTRE CRISTIANOS Y MARXISTAS.

Bogotá 24 de septiembre de 1.973

La afirmación de que los análisis de la realidad presente tienen un producido en contexto político y un no producido en contexto ideológico, responde a un determinado momento histórico de la civilización occidental. No es una afirmación que obtenga su validez de una filosofía o de un credo religioso. Su validez no es universal ni permanente. Es la validez peculiar a un determinado momento dialéctico. El análisis de la historia permite encontrar etapas de la civilización occidental en las que ocurrió exactamente lo contrario; en los que la dinámica productora de cambios estuvo adscrita a las ideas y en los que la política obtenía dinamismo histórico solamente por mediación de las ideas.

del aparte

La excepcional importancia de Marx a la civilización occidental se sitúa, a mi juicio, exactamente y exclusivamente en haber captado que la dinámica histórica ocurría en su tiempo y para el sector occidental del mundo en el momento político y no en el ideológico. Es de notar que por el efecto del imperialismo colonial y posteriormente del imperialismo capitalista, el sector occidental del mundo estaba y seguiría por un tiempo no definido, determinandola actividad productiva de todo el planeta.

La fuerza de los planteamientos de Marx se derivó de que al mismo tiempo - que caía en la cuenta de que solamente lo político era dinámico, ejercía poderes de cambio social, advirtió que la ideología pasaba por el momento contrario, o sea que carecía de poder de cambio.

Dos textos de Marx me parecen privilegiados para ejemplarizar su doble hallazgo. En carta de Arnold Ruge, para responder a un análisis que Marx juzgó -falta de contexto político, le escribe; "Su carta, mi querido amigo, es una elegía que corta el aliento; pero políticamente es una nada." El otro texto es este enjuiciamiento de la declaración de los derechos del hombre, desde el punto

de vista histórico; "Los derechos del Hombre, no son los derechos de todos los hombres sino los privilegios de la burguesía". Con estos instrumentos para enjuiciar históricamente a la sociedad burguesa, el marxismo especialmente en manos de Lenin, puso a quienes lo acogieron en ventaja sobre quienes se permitieron ignorarlo. Las clases dominantes autohipnotizadas por el prestigio de la ideología religiosa y filosófica, descuidaron atender a su propia praxis y necesariamente a la praxis de sus adversarios. Y ésto ocurrió en el momento dialéctico en que la dinámica había pasado del prestigio de lo doctrinalmente verdadero (la ortodoxia), al prestigio de lo operativamente eficaz, La lucha entre el proletariado que despertaba a la realidad de lo dinámico y las clases burguesas que dormitaban en su autohipnosis, le arrancó esta página de lirismo apocalíptico: "Este barco lleno de bufones tendrá que fracasar porque estos bufones no lo creen. Están enturbiados por la ceguera, y con ceguera habrán de sucumbir. Es una ira justa -o la ira de la justicia- la que desea que caiga desde el cielo el rayo, un odio que busca las extremas contraposiciones; la masa rasgará la red de las ilusiones. De la conciencia de sí de vuestra dominación, del autoengaño de vuestra arrogancia, que mira por encima de la plebe, habréis de despertar terriblemente. Os aniquilará lo que habéis engendrado, os derrumbará lo que habéis despreciado. Este odio ya no aclara sino que desenmascara. Busca la prueba. Obliga al contrincante a que se encadene al sistema, en el que cada paso que da lo conduce cada vez más cerca del abismo. La primera tesis reza: la revolución vendrá, justamente porque no lo creéis. Y la última satisfacción: la revolución vendrá, aunque ya lo hubieseis sabido". (citado por Heinrich Popitz en "El Hombre Alienado", ed. SUR, pag 112).

El desplazamiento de la dinámica histórica, desde el prestigio de lo doctrinalmente verdadero al de lo operativamente eficaz, produjo el desplazamiento del poder en Rusia, desde la nobleza hasta el proletariado, haciendo de Moscú, capital del prestigio de la eficacia, en la lucha por el poder, el polo antagónico de Roma, capital del prestigio de lo doctrinalmente verdadero. Desde este antagonismo se configuró la contradicción cristianismo-marxismo o Roma-Moscú, como la máxima condensación de lo antagónico en el mundo moderno.

Pero todo se mueve dialécticamente. Rusia se desplazó aceleradamente, desde el realismo político de Lenin hacia los prestigios de los ortodoxo o de lo doctrinalmente verdadero, El marxismo, que había denunciado la inoperancia de lo ideológico, derivó resueltamente hacia un doctrinarismo ortodoxo y, en la misma medida, hacia el polo del ideologismo. A medida que el marxismo se condensaba en sus elementos ideológicos, se condensaba también como el reto por excelencia a un cristianismo que se encontraba cristalizado en su ideología. El marxismo se desplazaba hacia el terreno en el que el cristianismo ideologista se sentía fuerte: el de la teodicea y la filosofía. El terreno de las definiciones, de las esencias y de las naturalezas.

El pensamiento de la Iglesia, tanto el no oficial, como el oficial también se fue desplazando dialécticamente frente al marxismo, y en sentido opuesto al desplazamiento de éste. Tomando como parámetros de lo puramente ideológico y de lo puramente político, la no-violencia respectivamente, escribe Joseph Robert:  
"En los cristianos aparece una radicalización en el desplazamiento desde la no violencia hacia la violencia... Con 25 años de intervalo, dos grandes conciencias dan testimonio de esta evolución: Dietrich Bonhoeffer y Camilo Torres. - Inversamente entre los marxistas y sobretodo en los partidos llamados ortodoxos, la evolución se hace en el sentido del reformismo, de la concertación y, por contragolpe, de la no-violencia. Uno comprueba la misma tendencia en los parti

dos comunistas de América Latina que en los sindicatos marxistas de Europa occidental. ("Violencia o no-violencia: fronteras volantes").

Los diálogos y las acciones comunes entre cristianos y marxistas son, de momento, el producido de esos desplazamientos dialécticos. La pregunta que estamos haciéndonos, explícita o implícitamente es: Produce algo este producido? Qué queremos que produzca? Qué esperamos que produzca?

Si estos diálogos y estas acciones comunes sólo producen más diálogos y - más acciones comunes, producen menos que nada. Producir menos que nada es auto destruirse. Es invertir sin producir siquiera otro tanto de lo invertido. En términos de economía es descapitalizarse. El movimiento hacia el diálogo y hacia la acción común induce espontáneamente un cierto desdibujamiento de cada posición: un cierto embotamiento de cada identidad. Para disponer<sup>3</sup>a cambiar la relación de adversarios por la de asociados, hay que limar aristas, como se dice. Y si la aproximación no pasa de ahí, queda produciendo apenas el embotamiento de identidades. Menos que nada, porque la capacidad productiva de una persona o de una colectividad corre parejas con el grado de su identificación.

Para prevenimos de caer en tal desenlace, este diálogo ha sido convocado enmarcándolo en ciertas precauciones. Hemos convenido en enrutarlo hacia la praxis, cuidando de que no derive hacia la confrontación de ideologías. Hasta ahora hemos observado nuestras leyes de tráfico. No ha habido estrellones. Para asegurar la productividad de este encuentro, me he permitido proponer que nos demos como objetivo, la producción de poder justo o de poder liberador. Y para alcanzar el objetivo, he hecho la advertencia, que parece aceptada en principio, de que solamente enmarcando nuestros análisis de la realidad en un contexto político podemos llegar a generar poder justo o liberador. Al darnos ese objetivo, entramos situándonos en pié de igualdad. Entramos admitiendo que tanto los cristianos como los marxistas podemos hacer de la liberación o un tema para ser desarrollado ideológicamente, o también un objetivo que exige, desde el primer paso, la generación de poder. Estamos admitiendo que para este encuentro no nos interesa el primero de estos dos posibles desenlaces sino el segundo. Estamos admitiendo que la alternativa al ideologismo, sea este cristiano o marxista, es el poder justo o liberador. Estamos admitiendo que la generación de un poder justo es la única respuesta adecuada a ese poder injusto que llamamos imperialismo, poder que aparece designado en el documento de Medellín como "violencia institucionalizada".

Al establecer estos puntos de convergencia, los cristianos hacemos, a primera vista, una concesión a los marxistas. Admitimos situar el encuentro en el terreno de la política y del poder, que es el campo en el que se ha hecho fuerte el marxismo, y en el que se mueve el pensamiento de los cristianos con inseguridad y recelo. Se ha hecho inclusive un lugar común el pensar que en el campo de la política y del poder no hay lugar para el cristianismo y que todo el lugar está ocupado, o al menos reservado para el marxismo. O que en este campo, cualquier sociedad entre cristianos y marxistas no da a los cristianos otro juego que el de ser idiotas útiles de los marxistas, así como en el campo de la vida espiritual, cualquier sociedad de ese tipo no daría a los marxistas otro juego que el de ser catecúmenos de los cristianos.

→ Esta concesión inicial es una verdadera concesión pero no es una genero-

sidad. Es verdadera concesión y ello está motivado a los marxistas para el encuentro. Para advertirlo imaginemos la posición contraria: Que el pie de igualdad se planteará en la generación de un poder liberador, pero en la liberación del pecado y de la muerte, que es el terreno en que se hizo y sigue haciéndose fuerte el cristianismo. No es aventurado pensar que los marxistas rehusaran el encuentro en ese campo. No es una generosidad, e importa que los marxistas lo sepan, pues ello es garantía de que los cristianos estamos tan interesados como ellos en la productividad de este encuentro.

No es una generosidad, porque la Iglesia ha entrado en la más grave crisis de su historia y en América Latina, es sobretodo por la cuestión del poder y de la política. La posibilidad de resolución y superación de esta crisis parece desplazarse desde el dilema filosófico: política y poder sí o política y poder no, en donde ha venido planteándose, hacia el dilema histórico: posición política correcta, generadora de poder justo, o posición política incorrecta, generadora de sometimiento y dependencia. Cada día parece más imposible el que la predicación de la Iglesia sobre la esclavitud del pecado y de la muerte, y la respectiva liberación, encuentre audiencia, en América Latina al menos, mientras no se clarifique la posición de los cristianos frente a la política y a la generación de poderes liberadores de la dependencia de las clases pobres del Continente respecto al imperialismo y a las clases cipayas.

La conquista del poder para clases productoras pero explotadas de Rusia fue el producido del análisis correcto de la realidad en el ámbito de la burguesía hecho por Marx y manejado por Lenin. También Mao cifra el acceso al poder de clases que eran en China productoras pero explotadas, en lo que él llama "Pensamiento político correcto", llegando a decir que "quien no tiene un pensamiento político correcto es como quien no tiene alma".

La aparición en nuestro tiempo de un poder de cambio político a partir de una falta de poder político, mediante un análisis correcto de los factores determinantes de las relaciones de poder, está suscitando en los cristianos resonancias que vienen de muy hondo y de muy lejos. El marxismo, a través de expertos en poder como Lenin y Mao, ha producido en el ámbito político una confirmación del anuncio hecho por Cristo: "La verdad os hará libres". De esta resonancia, el pensamiento cristiano ha saltado a ctra. más antigua aún: la del Exodo. Porque aquí, la libertad obtenida para el pueblo judío fue fundamentalmente libertad política y porque aquí la verdad liberadora se dió como poder liberador. Todo un pensamiento, alimentado con resonancia del Exodo, se ha venido organizando como teología, bajo las denominaciones sugestivas de "teología política", "teología de la liberación", "Teología de América Latina". Es sobre este proceso de pensamiento como se está produciendo una división entre cristianos de América Latina, división que merece bien, por su radicalismo, el nombre de crisis.

El hecho bíblico se dió siempre, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como un hecho de poder, adscrito o derivado de una proposición verdadera. Si en los tiempos modernos el cristianismo se ha dado fundamentalmente como una ortodoxia inoperante, o sea como una ideología, en contraste con el marxismo, cuya verdad se mide en poder de cambio de las relaciones de producción y poder, no es menos cierto que en sus grandes orígenes, el cristianismo se ha presentado siempre como un hecho de poder, cuyo tipo acabado es la resurrección de Cristo. Esto es tan evidente, que yo diría, sin temor de desacertar, que el cristianismo y el marxismo frente al hecho del poder muestran contra-

<sup>apenas</sup> dicción <sup>pero</sup> sincrónica <sup>pero</sup> acuerdo diacrónico. Teniendo esto a la vista es como pienso que la posibilidad de que el encuentro entre cristianos y marxistas sea productivo está en centrarlo en la generación de un poder justo y liberador. Dicho en otras palabras, la posibilidad de que cristianos y marxistas nos asociemos productivamente, es la misma posibilidad de que nos sincronicemos en la generación de poderes justos.

Es esto posible ? estamos moviéndonos, durante las etapas de este diálogo hacia esa sincronía ?

Puesta así la tarea de este y de cualquier otro intento de sociedad entre cristianos y marxistas, sea para dialogar, sea para acciones en común, parece a primera vista que no es posible. Sin embargo, el hecho de que hayamos perseverado con interés creciente en seguir este encuentro, indica que lo estamos viviendo, al menos a nivel de presentimiento, como productivo.

Parece a primera vista imposible poner a comer a cristianos y marxistas, en el mismo plato del poder. De hecho, hasta ahora, experimentos como el de Camilo Torres o el de Allende, en el que hubo importantes contingentes de cristianos al socialismo han fracasado. Ni la movilización de marxistas tras un sacerdote ni la de sacerdotes tras un marxista han producido el hecho del poder socialista. La falta de un solo hecho que muestre la factibilidad histórica de esa asociación apunta en cierto modo en dirección a la no factibilidad.

Todo puede marchar sobre ruedas, mientras el poder de que se trate quede envuelto en la ambigüedad poder político - poder del Espíritu . Al precisar - de qué poder se trata, salta, intacta, la contradicción. La Iglesia precisa - que el poder a que ella está vocacionada y obligada, so pena de fallar su razón de ser histórica, es el poder del Espíritu; poder de perdón del pecado, poder de reconciliación, poder de amar incluso a los enemigos, poder de resucitar a quienes vivan y mueran en la fe de Cristo; que ese poder construye un reino - que, aunque se produzca en este mundo, no es de este mundo; y que es compatible como lo demostró en los primeros siglos de su historia, con la existencia de regímenes políticos injustos y con relaciones injustas de producción... Y luego, hay el problema de los medios. El poder del Espíritu se obtiene con mansedumbre y con fe; el poder político se obtiene, como lo enseñó Lenin y tal como lo estamos viendo en Chile, con violencia y con ciencia militar. Clausewitz, el gran teórico de la guerra, ha escrito que la política es la continuación de la guerra y ésta la continuación de la política. Lo que es objetivo primordial del marxismo, la toma y el ejercicio del poder político, no es objetivo de la Iglesia. Lo que es objetivo de la Iglesia, el poder del Espíritu, es tenido por el marxismo como simple superestructura de poderes materiales. La violencia, que es medio indispensable para la conquista y el ejercicio del poder político, no tiene sitio alguno en el evangelio.

Estamos entonces ante un mal entendido ? El interés de tantos cristianos en la acción política, en la lucha de clases, en la conquista del poder por y para clases actualmente productoras y explotadas, sería pura desviación de los fines y medios del reino de Dios ? El interés de un número creciente de cristianos por el marxismo sería pura y simplemente trasbordo ideológico y apostasía, como lo sostienen los teóricos del T.F.P. ?

La respuesta a estos interrogantes no será arrancada a la teología y menos a la filosofía. La respuesta sólo vendrá de una lectura de acciones cumplidas

en buena fe y en obediencia a nociones del Espíritu, como ésta que hemos em-  
pezado a cumplir en este diálogo.

Dije antes que esta tarea de hacer comer en el mismo plato del poder polí-  
tico a cristianos y marxistas parece imposible a primera vista. Quiero decir -  
con esto que, en el fondo, sí es posible. Y como lo vengo diciendo desde la -  
primera reunión, es más que posible. Esa tarea sólo es posible a propósito del  
poder político. La autocrítica que he propuesto, para el P.C. o para cualquier  
otro partido marxista y para la Iglesia católica, es autocrítica con relación  
a la eficacia política y al poder político.

Lo que yo entiendo es que entre el cristianismo y el marxismo no habrá -  
contradicción si uno y otro se dieran como poder, aún si se trata de concre-  
ciones radicalmente distintas del poder. La contradicción vino de que el mar-  
xismo se dió como ciencia y arte del poder político-militar, a tiempo que el -  
cristianismo se daba como ideología del Espíritu, es decir, ideología del amor,  
ideología de la igualdad innata de todos los hombres, ideología de los derechos  
humanos, ideología del estado como promotor del bien común; en una palabra co-  
mo ideología del liberalismo. La contradicción surge también cada vez que el -  
marxismo decuida la ciencia y el arte del poder para darse como ideología de la  
evolución de la materia y como negación, igualmente ideologista, de toda rea-  
lidad que no logra encajar en su evolucionismo materialista.

En cuanto ideología del Espíritu, el cristianismo ha hecho el juego a la  
praxis burguesa, y por tanto al capitalismo nacional e internacional. Es allí  
donde el marxismo eminentemente político-militar de un Lenin, de un Ho Chi Min  
o de un Mao encuentra al cristianismo como aliado del enemigo. Al condensarse  
el cristianismo y el marxismo en el hecho del poder\*del Espíritu, es de esperar  
algo que parece contrariar el propósito de encuentros como éste. El cristiano,  
y el marxista descubren entonces que no están especialmente orientados y capa-  
citados para ser socios de una misma tarea, pero también descubren que nunca  
han debido tenerse mutuamente como protagonistas de la más antagónica contra-  
dicción. O bien: que cada persona puede ser marxista en cuanto sujeto inmerso  
en una identidad de clase, para jugarse en las luchas por el poder dentro del  
Estado o dentro de los bloques de Estados, y ser cristiano como persona para  
jugarse como persona frente a cualquier otra persona con la que entra en rela-  
ción.

A primera vista, es decepcionante trabajar asociados intensamente para des-  
cubrir que ni constituimos la contradicción antagónica que hemos creído cons-  
tituir, ni somos tampoco los socios ideales para la conquista del poder políti-  
co. Sin embargo, hay algo más que esto en la intuición que está llevando a cris-  
tianos y a marxistas a cambiar su relación de antagonistas por la de asociados.  
Estoy seguro de que podemos prestarnos mutuos servicios y que estos servicios  
son tales que difícilmente podríamos recibirlos de otros aportantes. La idea  
que guió a Jean-Francois Revel a nombrar su proyecto de salida política según  
el modelo norteamericano con la expresión negativa: "Ni Marx ni Jesús", sugie-  
re paradójicamente la posibilidad de otra salida que estaría determinada por  
Marx y Jesús. En mi experiencia se ha hecho cada día más claro que el camino  
más seguro-quizás obligado- para descubrir hoy el verdadero rostro de la Igle-  
sia pasa por el descubrimiento del verdadero rostro de la política: y que el  
marxismo, leído desde Lenin, Stalin o Mao, también hoy, la representación más  
realista y más operativa de la política. De otra parte, cualquier lectura cien-  
\* sea del poder político-militar o del poder....

Se lee y se ve  
LA Igl. por  
LA política  
y el marxis-  
mo también  
hoy

tífica del hecho político en América Latina descubre como dato de primera magnitud la aparición de la apatía política de las grandes mayorías, lo que ha venido haciendo cada día más posible la sustitución de gobiernos de estructura democrata por gobiernos de pequeñísimas minorías. En Colombia este hecho se cifra en 75% de abstención en las últimas elecciones, y es evidente que el candidato a la presidencia con menos opción en el actual momento pasaría al puesto de vencedor si lograra recaudar esa mayoría electoralmente abstencionista. Para tal logro, poco menos <sup>que</sup> milagroso, habría que disponer de reservas de fe y de esperanza que no existen. Los saldos de plusvalía cristiana han sido agotados. La única posibilidad de producir un poder nuevo, un poder liberador, es que la comunidad eclesial reemprenda su producción de valores humanísticos. En esta perspectiva adquiere un sentido la tesis de que la comunidad eclesial de los cristianos y la política marxista pueden prestarse mutuamente servicios que sólo ellas pueden prestarse. El fruto resultante de esta convergencia evoca, a primera vista, al pasado del régimen inaugurado por la conciliación entre el Imperio Romano y la Iglesia cumplida a iniciativa del Emperador Constantino. Pero no hay en esto más que una semejanza de primera vista. La historia avanza por los pasos que Mao denomina UNIDAD-CRÍTICA-UNIDAD o, según expresión de J. Maritain, distinguendo para unir. La abrupta disrupción entre el orden político y el orden eclesial determinado por la sentencia de Jesús: "Devolver al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", rompió la estructura teocrática que era vigente en la antigüedad, con efectos dramáticos en las relaciones de la comunidad de cristianos con el estado Romano y con la identidad política del pueblo judío. Durante tres y medio siglos pareció que entre la nueva comunidad eclesial, que además era la primera comunidad ecuménica o transnacional de la historia, ésta sólo viera posible la afirmación de su identidad en una existencia marginal al Estado y a su dinamismo propio que es la política. El proceso histórico reservaba la irrupción del inimaginable régimen constantiniano, en el que a primera vista se recuperaba la estructura teocrática y se retrocedía a la situación existente antes de Cristo. Pero algo había cambiado. La estructura teocrática no sería ya pluralista sino única. Sólo el Sagrado Imperio quedaba considerado como con derecho a ser teocracia. Una sola Iglesia verdadera y una sola clase de autoridades civiles legítimas: las legitimadas por la Iglesia. El mundo occidental recorre 15 siglos con esa estructura hasta que sobreviene de nuevo la ruptura producida por el régimen democrático liberal. Pero esto no fue un salto hacia la estructura preconstantiniana. De la Iglesia única verdadera se pasó al pluralismo de Iglesias discutibles; de la única clase de autoridades civiles legitimadas por la Iglesia se pasó a la única clase de autoridades civiles legítimas: las legitimadas por las mayorías populares, autónomas y soberanas respecto a la Iglesia. El liberalismo dejó a la Iglesia de existir circunscrita a la vida privada y, con ello, la posibilidad de cierta relación. Lenin rechaza la tesis liberal de que la religión sea asunto privado. Piensa, por el contrario, que es un asunto demasiado público para dejarlo andando como rueda suelta y que, como es el más serio obstáculo a la liberación de los explotados, debe ser suprimida. De la estructura pre-cristiana de: Ningún Estado sin su propia religión, se pasa al proyecto de: ningún estado con religión. Es a partir de esta radical negación de la relación entre religión y política como proyecto universal como han empezado a darse las circunstancias, y esto es particularmente fuerte en América Latina, en que el marxismo y el cristianismo se plantean el proyecto de cambiar su relación de antagonistas por la de asociados. La factibilidad histórica de un nuevo régimen eclesiástico-estatal generado por esta convergencia está condicionada en modo absoluto a que

Se agotó la  
plurivalía  
cristiana →

mm

\* la posibilidad de....

sea radicalmente diferente a los regímenes teocráticos. Ni constantinismo de izquierda, ni pluralismo de teocracias nacionales en las que el marxismo aportaría el poder y el cristianismo aportaría la legitimación moral del poder. Ese futuro es difícil de imaginar, como lo observa Garaudy, pero el futuro histórico nunca se da totalmente preimaginado. El materialismo histórico, en cuanto ciencia, no llega a imaginar el futuro como un anti-presente. La última palabra en materia de futuro la tienen las acciones eficaces de quienes se viven como sujetos históricos. Hay un margen de la realidad en donde se cumple totalmente la fórmula del poeta: "Caminante, no hay camino; se hace camino al andar." La responsabilidad científica se sitúa en determinar si un tipo de futuro es necesario para superar un tipo de contradicción en la que, como en ésta del cristianismo y el marxismo, se está generando el empobrecimiento y la destrucción de los antagonistas. Después de esto basta la célebre frase de Churchill: "Si es necesario, es posible."

Pienso que la contradicción cristianismo-marxismo puede pasar de antagónica a complementaria, si se advierte que entre el poder del Espíritu y el poder político hay diferencia radical, pero que también se da entre ellos una dialéctica - por la cual se generan mutuamente. Vistos sincrónicamente, son ajenos el uno al otro, pero diacrónicamente aparecen produciéndose uno al otro.

Es evidente, por ejemplo, que la historia de la liberación del pueblo judío relatada en el Exodo es fundamentalmente la historia de una liberación política, - aunque apoyada decisivamente por una revelación o intervención de la fuerza del Espíritu; esa gesta política sirve a su vez de matriz a la revelación de la fuerza del Espíritu relatada en el Libro de los Jueces, aunque aquí el Espíritu utiliza ciertas luchas político-militares. La Historia del cristianismo ha quedado marcada indeleblemente por el hecho constantiniano. La comunidad de los cristianos, marginada de la vida política del Imperio romano, concentrada exclusivamente en el estudio y en la imitación de la vida y de las enseñanzas de Jesús acerca del perdón de los pecados, de la esperanza en la resurrección y el amor al prójimo, genera, por su alta productividad, un poder que, dadas las circunstancias concretas de esa comunidad, era un poder de clase, poder que Constantino supo transformar en poder político-militar. Inversamente, la llegada al poder en Francia de un hijo de plebeyos que por sus acciones ganó el nombre de Carlo Magno, aparece jugando un papel decisivo en el resurgimiento espiritual de la Iglesia. Establecida la Iglesia como Cristiandad, produce y acumula en el curso de varios siglos valores humanísticos que, secularizados como mitificación de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad universal, fueron captados como plusvalía moral a favor de la revolución liberal

El socialismo surge enfrentado al liberalismo, pero no para criticar y sustituir la secularización mitificada de los valores humanísticos tomados de la producción cristiana de los siglos anteriores, o sea las banderas de igualdad, libertad, y fraternidad, sino para hacerlas efectivas históricamente. El socialismo no objeta la declaración de los Derechos del Hombre, cifra y compendio del liberalismo, - sino la función ideologista y encubridora de esa Declaración. El socialismo se da como tarea hacer que los Derechos del Hombre sean efectivamente los derechos de todos los hombres y no solamente los privilegios de la burguesía. Con la satisfacción masoquista que experimentan algunas personas en verse despojadas en favor de otro de algo que han producido, Moltmann confirma la captación del producto humanístico de la Cristiandad como plusvalía aplicada a las revoluciones antieclesiásticas: "Desde el comienzo de los tiempos modernos, las esperanzas en algo nuevo de parte de Dios emigraron de las iglesias y han sido invertidas en las revoluciones y en los cambios rápidos." (Religion, Revolution and Future, citado por Paulo Freire en "carta a un joven teólogo". Centro de publicaciones Paulo Freire. Caracas.)

Como ocurre con toda plusvalía, ésta que procede de la cristiandad se consume



pero no se reproduce. La creencia en los Derechos del Hombre, una vez secularizada y desprendida de la fuente que la estuvo produciendo, se desvanece desde que ha sido puesta a prueba por la crítica marxista y por la praxis de los intentos de establecer el socialismo. Su lugar es rápidamente ocupado por la lucha de clases, o sea por la verdad científica de que nadie disfruta hoy de derecho civil alguno que no haya conquistado por la vía de la lucha de clases. Los llamados derechos humanos se están produciendo históricamente como botín de guerra, aunque las guerras que los produjeron no hayan sido libradas siempre por sus actuales usufructuarios. Los hechos políticos modernos ocurren como si la fuente única de derechos civiles fuera, según la expresión de Mao, "la boca del fusil". La ciencia marxista ha quebrantado también la creencia esencial a la ideología de los Derechos humanos, de que el hombre, en cuanto individuo, sea sujeto de la historia política. En la lucha de clases, que no es una teoría sino un hecho científicamente registrado por el marxismo, solamente las clases sociales son sujetos históricos, lo que en contexto marxista hay que entender como sujetos de historia política.

La lucha de clases, ya se tome como hecho comprobado o como teoría de la política, deja sin piso las categorías civiles de dignidad de la persona humana y de derechos inatos al hombre. Esa dignidad y esos derechos solo serán reconocidos a quien tenga el respaldo de fuerza necesario, dentro de cada correlación de fuerzas, para hacérselos reconocer.

Una vez comprobado el carácter ideologista de esas dos categorías civiles, queda sin piso la democracia. La vida política se está dando en los Estados socialistas como dictadura de una clase productora y en la mayor parte de los Estados del Continente Latinoamericano como dictadura de la clase militar, que es clase productora de poder militar. La crisis de la democracia, que refleja el agotamiento de la plusvalía cristiana, obliga a pensar que en Colombia y en los demás países de América Latina no es posible crear un nuevo poder político según el modelo democrático. Como, por otra parte, la democracia ha sido el instrumento ideológico con que las metrópolis capitalistas han producido el imperialismo y han puesto a los países de América Latina en condición de dependencia, no es tampoco previsible que las nuevas tentativas de crear un poder liberador se inscriban en la línea democrática. Hay ya países como el Perú, en los que se está intentando la integración de un poder existente, el del ejército, con programas inspirados en el análisis de la dependencia y en los anhelos de liberación nacional. En Colombia, el poder político está suspendido del poder de las fuerzas armadas. Cualquier intento de crear, a corto plazo, un nuevo poder para el cambio social, tendría que plantearse, de entrada, si las circunstancias se muestran propicias a crear el nuevo poder contando con la clase militar. De momento, esta clase está nucleada y dirigida por jefes que creen en la democracia, y que creen que ella por lo que ésta tiene de resonancias cristianas. Mientras el sistema de los partidos tradicionales no cree obstáculos al ejercicio del poder militar en los frentes en donde aparecen banderas subversivas, ni ponga en tela de juicio la ideología democrática y vagamente cristiana en que se viene moviendo, es de prever que ese sistema siga teniendo el apoyo del ejército y continúe detentando el poder político sin oposición significativa.

Dentro de estas circunstancias, la idea de generar un nuevo poder ha de abandonar el ya agotado venero de la plusvalía del cristianismo. En este sentido, los marxistas, en cuanto científicos de la historia política, van a tener que replantearse algunas estrategias y tácticas del socialismo; van a tener que revisar algunas banderas, a través de las cuales ha permanecido en él la falla liberal de girar sobre valores que no son producidos por la sociedad laica sino que son plusvalía captada a la vieja cristiandad. Ello es un imperativo histórico, porque la comunidad cristiana, al igual que cualquier clase que es explotada largamente, ha llegado a

la defensa masoquista, o sea a bloquear su producción, especialmente en la línea de valores humanísticos. A menos producción, menor explotación de plusvalía.

La Iglesia ha entrado en crisis, y esta crisis está determinada en gran parte por el sentimiento de improductividad que invade a quien es despojado de una plusvalía de su trabajo. Por todas partes surgen cristianos y grupos de cristianos que no quieren saber nada de su religión, sino de acción política, especialmente si ésta es contemplada en figura de socialismo. Ese desplazamiento es bien explicable, sobre todo por la capacidad de crítica de las ideologías liberales que les comunican <sup>al cristiano</sup> el contacto con el marxismo, pero es un desplazamiento destinado a la frustración. El único chance que está quedándose a quienes quieren generar nuevos poderes políticos es la guerra, y, como lo está ejemplarizando Chile, guerra es guerra. Cuando el agotamiento de la plusvalía cristiana hace que en el mundo occidental no quede otro chance de generar nuevos poderes que la guerra, la presencia de cristianos como tales en empresas como la de cambiar el sistema capitalista y la dependencia por el socialismo, no es una ayuda sino una impedimenta. Mejor es saberlo así, tanto para quienes ofrecen sus servicios como para quienes aceptan aprovecharlos.

Nuestro aporte de cristianos a la liberación ha de comenzar por apropiarnos de nuestra propia producción y liberar nuestras fuerzas productivas. Nadie que acepta el sometimiento y la explotación para sí podrá ayudar a la liberación para otros. La justicia empieza por casa. La apropiación de nuestra producción exige, de entrada, que los cristianos no le hagamos juego a la ideología liberal, repitiendo con las gentes del sistema las grandes frases de la dignidad de la persona humana, los derechos humanos, y demás, sin distinguir entre lo que es simple ideologismo y una praxis que hace lo contrario. Nuestro aporte de cristianos es, ante todo, retirar al sistema la legitimación moral que recibe de la Iglesia cuando los personeros de ésta emplean el lenguaje creado por el liberalismo para manipular la plusvalía cristiana como puro ideologismo. Si el cristiano, para dar un ejemplo de lo que estoy diciendo, tiene en cuenta que solo la gracia de Dios es gratuita, se abstendrá de ofrecer a los explotados el opio de la creencia de unos derechos humanos que, por ser innatos, serían gratuitos. Con ello facilitará la tarea a la política científica, de enseñar a los explotados y oprimidos que el hombre no disfruta de otros derechos civiles que de aquellos que conquista mediante la lucha de clases. La Iglesia no va a liberar a explotados y oprimidos, porque esa no es su misión, pero ayudará a poner en claro que, no habiendo derechos civiles innatos, quien quiera disfrutar de derechos habrá de tomar conciencia de ellos y organizarse en cuerpos de militancia político-militar.

La tarea de la Iglesia no está en la rectificación de las relaciones de producción, porque su responsabilidad específica son los desvalidos y los fracasados moral o materialmente, o sea los no-productores. Sin embargo el sentido de la justicia exige que, ante las posibles opciones que ofrece la lucha de clases entre explotadores y explotados, el cristiano, cualquiera que sea el estamento en que esté situado en el orden jerárquico, opte políticamente por la clase de los explotados. Para muchos pensadores católicos modernos no hay dificultad en aceptar como cuestión de principio la exigencia moral de tal opción. Las dificultades surgen, en cambio, al tratar de pasar al compromiso como opción en concreto e histórica. Ya a este nivel es preciso abandonar el pluralismo, pues como enseña Sto. Tomás, "escoger es prescindir". Igualmente es preciso pasar de la determinación de participar en la política como determinación en general, a la militancia de un partido o como quiera llamarse al cuerpo social militante - mediante el cual se concreta históricamente la opción de clase, pues, como enseña también Sto. Tomás, siguiendo a Aristóteles, el principio de toda concreción

Hay que participar en partidos no sólo en la clase genéricamente.

histórica de la moral es que "quien quiere el fin, ha de querer igualmente los medios eficaces". Mientras no se muestre que hay otro medio para la acción política, entendida como lucha de clases, distinta a la militancia en un partido, hay que admitir que el cristiano, si se ve obligado moralmente a hacer una opción política, se verá igualmente obligado a comprometerse como militante en un partido. La mayoría de los cristianos se encuentran actualmente bloqueados a este respecto, por una elevación del pluralismo a la categoría de principio absoluto, y por una imagen de la militancia en un partido polarizada en su aspecto de oposición a otros partidos y no en el aspecto de medio eficaz indispensable para la acción política. A mi modo de entender, los cristianos han llegado a sacralizar el pluralismo en un proceso de "recuperación" frente a la acción desacralizadora de la Iglesia, intentada por el liberalismo en el acto de sustituir la unicidad reconocida a la Iglesia en el régimen constantiniano por el pluralismo de iglesias. La recuperación consistiría en que el cristiano admite que su Iglesia no es más que una de tantas dentro del pluralismo de iglesias, a cambio de que el pluralismo pase a ser un principio absoluto de la Iglesia. Ese mismo pluralismo es el que los socialistas denuncian como "las libertades burguesas".

Lo de tanto de la opción de la lucha por, eficazmente

El rechazo de los cristianos modernos a la militancia en un cuerpo social parece deberse a la necesidad de abandonar una posición que fue característica del régimen constantiniano o de cristiandad, para poder sobrevivir en régimen de liberalismo: es la posición de cruzada. Hé aquí un texto característico:

"Los caballeros de Cristo libran un toda seguridad el combate de su Señor, pues no tienen que temer el pecado, si ellos matan, ni la condenación, si perecen. En efecto, es sólo por Cristo por quien dan la muerte o por quien la reciben: para glorificarlo o para unirse a El. Ellos no llevan la espada en vano; ellos son los ministros de la justicia de Dios, encargados de perseguir a los malos y de glorificar a los justos. Al matar a un malhechor, no cometen homicidio, sino que se manifiestan como ejecutores de las amenazas divinas, y defensores de la cristiandad. Al perecer, ganan su salvación. La muerte que dan, aprovecha a Cristo; la que reciben, les aprovecha a ellos". (San Bernardo. "Elogio de la nueva milicia". Citado por Voillaume en "Evangelio, Política y Violencia", edición de circulación cerrada, pag. 43.)

Una vez admitida la diferencia entre Iglesia y Estado, o entre cristianismo y política, en la radicalidad en que es preciso admitirla para hacer avanzar la historia de la relación Iglesia-Estado a partir del punto en que la deja establecida Lenin, el derecho y la obligación de hacer la guerra queda adscrito exclusivamente a la política, es decir, a la lucha de clases. En lo sucesivo, matar o perecer luchando carecerían de valor sagrado. No habría guerras santas. La muerte quedaría reducida a su significación militar. Se contarían las muertes como "bajas" y nada más. La Iglesia y los cristianos, en cuanto tales, podrían aceptar sin congradición alguna la exclusión absoluta que de la violencia y de la guerra hace el Evangelio. Se darían entonces las circunstancias para hacer realidad histórica esta denuncia de Erarmo contra la doctrina de San Agustín y de San Bernardo sobre la guerra:

"Entre tan grandes cambios que trastornan las cosas humanas; entre tantos pactos y tratados que hoy se firman y mañana se rompen, todo el mundo puede encontrar una razón, si es que una razón basta para desencadenar la guerra. Pero se objeta: las leyes pontificias no condenan toda guerra; Agustín aprueba algunas de ellas; San Bernardo alaba a algunos soldados. A decir verdad, ésto, Pedro y Pablo enseñan en todos sus escritos exactamente lo contrario. Por qué la autoridad de ellos pesa menos que la de un Agustín o un Bernardo? (Citado por R. Voillaume, o.c.)

A partir de esa clasificación, el cristiano se planteará en términos realistas o simplemente honestos el problema de si toma o no una opción política. Si en aplicación a textos modernos del Magisterio como el que afirma "La política es la forma más efectiva de la caridad" piensa que tiene que actuar en política, ya no se enredará en la contradicción de optar por la acción política pero mantenerse pluralista, o la de optar por una clase pero no militar en un partido. Si el dictamen de su conciencia es que permanezca pluralista y no militante, sabrá que no ha de pensar más en la política como en una realidad que interpele su conciencia de cristiano.

no. El análisis de las fuerzas místicas que han hecho posibles las revoluciones modernas - la liberal y la socialista - como plusvalías del cristianismo obliga a concluir que, si las reservas de esta plusvalía tienden a agotarse, no existe la posibilidad de crear a corto plazo un poder liberador. La nueva política tendrá que tomarse en serio que es una ciencia, y llevar la ciencia a vastos sectores de los pueblos latinoamericanos toma su tiempo. Además, si la nueva política ha de estar determinada por una nueva relación entre el cristianismo, como matriz productora de valores humanísticos, y el marxismo como ciencia de la lucha de clases, habrá que esperar a que la comunidad de los cristianos reemprenda su producción de valores humanísticos, lo que toma igualmente su tiempo.

La comprensión de que producir una nueva política y un poder liberador es tarea para largo plazo, puede ser decisiva para el manejo económico de las fuerzas orientadas a la liberación en América Latina. Yo pienso, por ejemplo, que la proclamación de una candidatura presidencial como alternativa al sistema de los partidos tradicionales en que acaban de embarcarse varios partidos y grupos de izquierda en Colombia, será una dilapidación de fuerzas. La validez de un movimiento electoral como éste, carente de cualquier posibilidad de triunfo en 1.974, sólo podría justificarse como producción de un modelo. Pero un movimiento político, para ser modelo, requiere que sea ante todo un modelo como circuito en que la teoría y la praxis se realimenten mutuamente. La UNO, en cambio, se ha constituido fundamentalmente como unidad de acción dentro de un pluralismo de teorías. Si ésto fuera un modelo, ya fue ensayado, y muy en grande, en Chile, con saldo, por el momento, de fracaso. Pienso que es también equivocada la táctica de los miembros del P.C. de seguir procurando la unidad de acción con los cristianos mientras no se superen las contradicciones antagónicas a nivel de la teoría, y ésto por dos razones: una, porque es una táctica para producir un nuevo poder a corto plazo; otra, porque ese tipo de alianza pudo ser eficaz en las condiciones en que empezó a ser intentada: en la Europa de la década del 40, especialmente en el ambiente del maquis en Francia. Fueron circunstancias que exigían una acción a cortísimo plazo, y fueron tiempos en que los cristianos daban tanto valor a su ideología, que admitían disociarla provisionalmente de su acción política, si éllo era necesario para conservarla intacta. Hoy en día los cristianos politizados han aprendido suficiente marxismo como para criticar su propia ideología y exigirse más congruencia con su praxis política. De otra parte, en las integraciones de cristianos y marxistas según modelos como Golconda, Onis, Cristianos para el socialismo y otros, los cristianos muestran propensión a dejar por fuera de la integración elementos específicos de su fe, que son los que podrían hacer su aporte más valioso por cuanto más dinámico. Esa automutilación, que se está cumpliendo tras fachadas de teología, lleva a hacer del cristiano un marxista más, pero nada más que un marxista. Dada la mentalidad pequeño-burguesa de quienes pasan por los seminarios de tipo tradicional y por los colegios y universidades católicos, ese tipo de marxista se orienta muy frecuentemente hacia la estrategia y las tácticas del extremo-izquierdismo.

Jo!

En resumen: la única posibilidad de crear un nuevo poder político a corto plazo en Colombia está en la línea de que los actuales dirigentes de las Fuerzas armadas lleguen a criticar la praxis del actual sistema en cuanto a la producción de un modo de existencia cristiano. El apoyo que estas fuerzas dan al sistema parece asociado a la convicción que tienen de que es el más favorable a la preservación de las tradiciones cristianas del país, y ésto en una apreciación en que no está diferenciado el cristianismo en cuanto plusvalía aplicada al sistema de relaciones de producción y de poder, del cristianismo como res puesta de fe a la oferta del Evangelio. La posible movilización del poder militar existente hacia una política diferente, más efectivamente propicia a la producción de valores cristianos y más científica en todos los campos de la vida que deben ser regidos por la racionalidad, no puede darse ni convendría que se diera como una movilización exclusivamente o predominantemente del poder militar.

Sólo puede producirse y sería conveniente que se produjera simultáneamente con un amplio proceso de educación dirigida a una visión correcta de la relación Iglesia-Estado, o de su equivalente dinámico, la relación cristianismo-política científica. El planteamiento de la creación de un poder liberador a largo plazo se hace en atención a dos factores: uno, la estabilidad y duración relativamente larga que se prevé para el actual sistema de vida político en Colombia, por la existencia aún apreciable de reservas de plusvalía cristiana en los sectores más productivos de la nación; son sectores efectivamente estructurados en la concepción liberal de la vida pública y privada. Otro factor es el inevitable tiempo que toma un proceso educativo de un tipo de relación, la de Iglesia-Estado, cuando no se ha cubierto ni siquiera la etapa de creación de modelos confiables. La integración de equipos de estudio como éste en que estamos trabajando es un primer paso efectivo, pero apenas un primer paso hacia la construcción de un modelo confiable, de un futuro que legitima la creación de un nuevo poder.

-----